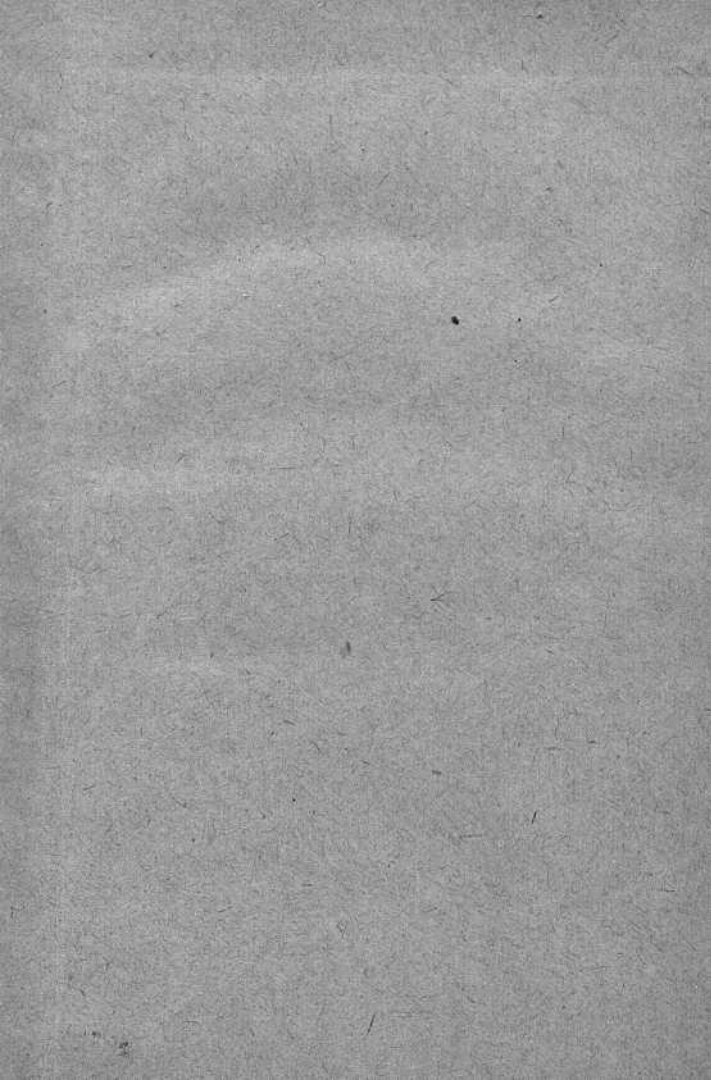


29.

ESPAÑA Y LOS TOROS







J- 58

ESPAÑA Y LOS TOROS

¡LA HORRENDA LIDIA!

POR

Victor Ozcáriz

DOCTOR GR. Y CATEDRÁTICO JUBILADO

PRECIO 50 CÉNTIMOS

MEDINA DEL CAMPO
Establecimiento tipográfico de Hermanos Román

1897

g

ESPAÑA Y LOS TOROS

¡LA HORRENDA LIDIA!

POR

Victor Ozcáriz

DOCTOR GR. Y CATEDRÁTICO JUBILADO

PRECIO 50 CÉNTIMOS


MEDINA DEL CAMPO
Establecimiento tipográfico de Hermanos Román

1897

+

Es propiedad.

ADVERTENCIA PRELIMINAR



En este folleto me dirijo al público imparcial, busco la verdad y la belleza del alma, el manantial de sentimientos nobles, delicados y sublimes que tanto enaltecen á los pueblos civilizados. No me guía más aliciente que el de contribuir con mis cortas facultades, al rápido y efectivo progreso intelectual y moral de mi patria. La tolerancia para todas las opiniones es una conquista de la libertad, necesaria en la ciencia y requisito indispensable de la cultura moderna. Confiado en esa tolerancia tan necesaria, justa y fraternal, paso á exponer las razones incontrovertibles que apoyan mi propósito; aunque todos los que viven de la zambra, de la rutina ó del vicio, no estarán muy conformes con la propaganda de recetas para curar las preocupaciones y corruptelas de la sociedad. Todas las ideas benéficas han nacido combatiendo. No hay batalla sin peligro ni triunfo sin batalla; y quien usa de su derecho á nadie en justicia perjudica.

ESPAÑA Y LOS TOROS



Veo lo bueno
Sigo lo peor
¡Tal es el vicio
Mengua ó furor!

—
Video meliora proboque,
deteriora sequor.

Ovidio.

—
No escribas para deleitar
á las personas frívolas, sino
para instruir á los hombres
de maduro entendimiento.

(Urganda la desconocida.)

La lidia, ó más vulgarmente las corridas de toros, son uno de los vestigios más tristes que nos quedan de la decadencia española.

La crápula, la embriaguez, los alborotos, el desacato, la confusión de gentes, la crueldad, los instintos sanguinarios, las palabras indecentes, groseras y torpes dichas á voz en grito, forman el espectáculo de una plaza de toros. Las fieras más crueles matan para comer y el hombre mata para divertirse. Las angustias de ese diestro que prendido por las astas del toro baila en el aire divierten al público, como la agonía de los gladiadores causaba la delicia de la plebe romana. Jovellanos ya dijo algo de esto en su *Pan y Toros*, pero la verdad en España ha sido con-

siderada como una blasfemia. Mr. de Cormenin, nos ha legado reflexiones muy concluyentes. ¿Es posible, dice, que un pueblo religioso se complazca en semejantes actos de barbarie? Golpear á los animales y matarlos para alimentarse con ellos, ley es de la misma naturaleza.

Sigue diciendo Mr de Cormenin, que golpear á los animales, azuzarlos, martirizarlos y matarlos haciéndoles sufrir, es violar la ley de Dios que no ha dado la sensibilidad, el aliento y la vida á seres inofensivos para que se los arranquen solo por el placer de arrancarlos. ¿Dónde hay cosa más innoble y baja que reunirse tantos para atacar casi sin peligro á un pobre animal aturdido, ciego y sordo de ira y de terror? ¿Dónde hay mayor crueldad que cortarle los nervios, atravesarle el corazón, hundirle el testuz y martirizar con el hierro sus carnes desnudas y palpitantes?

No se diga que también los romanos tenían sus circos, pretendiase en ellos acostumbrar á la sangre y á los ejercicios corporales á los dominadores del mundo. Hasta aquí Mr. de Cormenin. ¿Qué más diría este notable escritor si se hubiese fijado en que también la gente de iglesia acude á las corridas de toros? ¿Las gerarquías sociales pueden justificar con su presencia la inmoralidad de tal diversión? Y aunque el mismo Papa, el Czar ó el Sultán presenciasen la lidia, siempre la lidia sería una solemne barbaridad. El toro acomete porque está encerrado y le obligan á ello. Si pusieran un puñal en las manos de un hombre, y le dijeran: Si no matas al que te ha de torear serás fusilado aquí mismo ¿ese hombre en tan atroz disyuntiva, no sería más feroz que un toro?

Si abriesen la puerta del redondel es de creer que el toro no se quedaría allí por complacer al empre-

sario. Cuando veo correr toros con soga por las calles de un pueblo, lo digo con franqueza, me avergüenza ser español, porque tal barbarie es indigna de todo país que pretende llamarse cristiano y civilizado. Con tal escuela no me extraña que las guerras civiles en España sean tan salvajes, tan sangrientas y desastrosas.

La lidia de toros, además de horrible es asquerosa. Una señorita se horripila al ver nadar una mosca en un vaso de café con leche, y se recrea en mirar con los gemelos de teatro los destrozados intestinos que cuelgan como flecos del rasgado vientre de un caballo moribundo

Los carreteros que maltratan á los bueyes, los mayores que matan á latigazos á los caballos, los acróbatas que ponen en peligro la destreza de los tiernos niños, las madres que abandonan ó matan á sus hijos por efecto de un falso honor, y por temor á ese fantasma del que dirán, que tantas familias destruye, los granujas que roban los nidos á las aves, algunos cabecillas y caciques, y otros muchos verdugos que por desgracia todavía existen, todos ellos son los secuaces y cómplices de aquellos tres guapos chicos: Tiberio, Calígula y Nerón. Es de advertir que el pugilato inglés no gasta espadas ni banderillas, y los contendientes son responsables de su intención, y el toro no lo es. En la censurable riña de gallos no muere ningún caballo ¡ese animal tan noble, tan entusiasta que sirve para ganar batallas y que ha llevado sobre sus lomos la gloria de tantos conquistadores!

Las plazas de toros se aumentan en los pueblos monárquicos y católicos, y disminuyen ó no son conocidas en los pueblos librepensadores, y la clase más ilustrada de Francia ha protestado contra la

horrenda lidia, porque la sangre derramada en el circo mancharía la bandera de la república. Si otros países toleran tal diversión hacen muy mal, pues no ven la siniestra brecha que abren en las costumbres del pueblo. En tiempo de Fernando VII, la tauromaquia estuvo en su auge y mientras lucían su garbo chisperos y manolas, Riego, Torrijos, el Empecinado y otros mártires eran fusilados ó ahorcados.

El teatro moral, la música, las romerías, los orfeones, los Ateneos, los ejercicios y juegos gimnásticos, la barra, la pelota, las lecturas públicas son las mejores diversiones para el desarrollo físico, intelectual y moral de los pueblos. Con toros, embriaguez y barajas, nunca saldrán del estado salvaje. Con el material de los circos taurinos se pueden construir magníficos edificios para escuelas. Las corridas de toros son un insulto á la moderna civilización. Sepan los extranjeros que todavía hay españoles que tienen el valor de protestar conta la brutalidad de tal espectáculo.

La ilustre escritora D.^a Concepción Arenal, dice lo siguiente en su preciosa obra *La Cuestión Social*: «Los toros es fiesta que parece corresponder al siguiente programa: Un espectáculo propio para excitar los instintos sanguinarios, para sofocar los buenos sentimientos, para embrutecer las nobles facultades, para torcer los rectos juicios, para familiarizar con palabras soeces cosas absurdas, para reunir las clases en comunión depravada, poniéndolas al nivel del último individuo de la última, para mezclar la crueldad del circo romano á las pasiones ridículas del bajo imperio, en fin, para hacer pública ostentación de infringir las leyes que debe guardar todo pueblo culto y cristiano

Y este padrón de ignominia, lejos de reducir sus

pretensiones las extiende, se hacen nuevas plazas y á comarcas exentas de semejante ignominia llega con las facilidades que dan los caminos de hierro. Para una obra benéfica no se encuentran fondos, los hay para improvisar un redondel; toda obra pública sino se para, camina lentamente, ésta crece como por encanto se trabaja con afán y en pocos días se termina. Caen y se restauran monarquías, se levantan repúblicas y se hunden, sin que ningún gobernante de ningún gobierno, ningún legislador de ningún poder legislativo intente nada contra la diversión bárbara por excelencia. En cuanto á la opinión pública no se sabe si aplaude ó reprueba; lo que aparece claro es que con la complicidad de su silencio autoriza aquello que debiera reprobar enérgicamente.»

En el periódico de Alicante *El Crisol*, en su número de 15 de Noviembre de 1890, aparece inserto un lógico y laudable discurso titulado: Los librepensadores ante la tauromaquia. En dicho discurso se dice que las plazas de toros representan la estupidez de una burguesía depravada y la inercia de un pueblo incapaz de conquistar simultáneamente con las naciones más adelantadas las libertades y los derechos que reclaman las modernas filosofías.

Existen en España más de 150 plazas de toros, y entre corridas y novillos matarán al año 2.800 reses para diversión del pueblo, gastando unos 2.130.000 pesos, con cuya cantidad pueden sostenerse 5.325 escuelas de primera enseñanza á razón de 8 000 pesetas cada una. Este dato del expresado discurso es irrefutable. Sin embargo, el público se queja de que no tiene dinero para las primeras necesidades y lo tiene para ir á los toros, y cuando éstos apoyan su cabeza sobre la valla mirando á la gente del tendido parece que imploran piedad.

El caballo de un coche de punto que tanto ha trabajado y ayunado y que tantos latigazos ha sufrido, recibe en el circo taurino la ruidosa ovación de ser descuartizado, y tal vez al morir fija su vista en la señora á la cual conducía á paseo.

En la persistencia de la lidia influyen el contagio del ejemplo y la carencia de placeres morales. Por mala que sea una costumbre se propaga por imitación; tal sucedió con las danzas y extravagancias de los convulsionarios y metodistas, y á esta imitación se refiere Cervantes cuando dice que, no rebuznaron en balde el uno y el otro alcalde. El ejemplo ha de venir de arriba, de la clase ilustrada, porque la ilustración como el sol comienza su aurora dorando las altas cumbres. Por desgracia la mayor parte de los periódicos de España transigen con semejantes espectáculos, y más censurables son bajo este aspecto los periódicos republicanos cuya misión es la de remover todos los obstáculos que retardan la cultura del pueblo. Quien tiene miedo á las preocupaciones de su época es como el piloto que tuviera miedo á las olas del mar; no atendería á la brújula, pero vería el naufragio.

Resulta que hay tres seres feroces: la víbora, la hiena y el hombre.

Para que se comprenda que si censuramos la lidia de toros no es por sensiblería ni por compasión infantil, atendamos al discurso de *Timón Ateniense*.

Para que los hombres se avergüencen, decía, de la poca estimación que hacen de las virtudes, veamos cómo las fieras, los brutos, las aves y los peces nos persuaden el uso de lo bueno y el aborrecimiento de lo malo. La amistad nos la persuaden casi todos los animales amando y defendiendo cada uno á su especie, como el elefante, el ciervo y la abeja. De la cle-

mencia es maestro el león y el rey de las abejas, que no tiene aguijón para herir. El odio al adulterio nos lo enseñan la paloma torcaz, la blanca ó casera y la tórtola que nunca están en lecho ageno. El galgo siempre se halla al lado de su amo. La grulla representa la dignidad por la reverencia que profesa á su directora. La educación de los hijos la representan las aves y especialmente la cigüeña. El ruiseñor enseña el canto á sus hijuelos. Las ciervas ejercitan á sus cervatillos en el rápido curso saltando riscos para evitar peligros. El águila representa la limosna, pues hace partícipes de su presa á los demás animales, arrojándoles fragmentos. El amor á los hijos lo declaran las cigüeñas que los abrigan con sus plumas cuando son viejos; lo mismo hacen las abubillas, el abejaruco y el águila. La paloma y la tórtola exhalan gemidos de amor y de tristeza. El león, el perro, el buey, el jumento y el elefante son muy agradecidos, y la hospitalidad la ejercen las cornejas, y el amor al trabajo se ve en los bueyes, camellos, caballos, jumentos, abejas, hormigas y grullas. La afición á la música se observa en los camellos, ciervos y delfines. La paciencia se ve en las ovejas, corderos y en el perro casero, y la prudencia en la serpiente. La piedad de enterrar los muertos la enseñan los elefantes, pues en viendo muerto á otro le echan para cubrirlo tierra y ramas encima, sirviéndose para ello de la trompa. ... El gallo representa la vigilancia y la vergüenza y pundonor, pues cuando es vencido por otro ni canta ni se deja ver y se esconde en el rincón más oculto del gallinero.

No hay acción en que el hombre pueda manifestar la nobleza de su ser, que no se halle escrita en el gran libro de la naturaleza. Se había creído que el educar á los hijos y enterrar á los muertos era fun-

ción exclusiva de la humanidad. Las observaciones de Timon se fundan en una acertada y reflexiva experiencia, y resulta que el hombre degradado es el ser más feroz de todo el universo; idea confirmada por Saavedra Fajardo en sus «Empresas políticas.»

Ningún enemigo, dice, mayor del hombre que el hombre. No acomete el águila al águila, ni el áspid á otro áspid, y el hombre siempre maquina contra su propia especie. Es, pues, el hombre el más inconstante de los animales á sí y á ellos dañoso. Con la palabra, la risa y las lágrimas, encubre lo que tiene en el corazón. Con la religión disfraza sus designios, con el juramento los acredita y con la mentira los oculta. Los favores le hacen ingrato, el mando soberbio, la fuerza útil y la ley rendido. Escribe en cera los beneficios, las injurias recibidas en mármol, y yo digo que las corridas de toros embrutecen al público y le hacen indiferente al estudio de la literatura y á la belleza artística.

Toussenel en su erudita obra de zoología pasional, «El genio de las bestias», dice: Que reducido el toro á la condición de buey es uno de los más preciosos servidores del hombre; sirvele durante su vida, le nutre después de su muerte y le enriquece con sus despojos. Es el emblema del trabajo útil y pacífico; la vista de un lienzo rojo, signo de guerra y de sangre tiene la propiedad de enfurecerle, porque la guerra inhumana lleva el duelo y la desolación bajo el techo del labrador, del que se ha constituido en apoyo.

Muy mal concepto merece el pueblo español por su pasión por estos juegos sanguinarios, instituidos para prolongar la barbarie de los hombres. Desde tiempo inmemorial viene adiestrando al buey para una caza de sorpresa y asesinato.

Obligada la pobre bestia á obedecer no ha tenido más remedio que prestarse á las perfidias de que la han hecho instrumento.

El aserto de Toussenel no está desprovisto de lógica porque se funda en la observación y en la historia. Se dice que el cristianismo ha suavizado las costumbres, pues en la lidia taurina no se conoce tal suavidad y dulzura, cuando diversión tan salvaje se ha propagado en los países católicos. La verdad es antes que todo. Los partidarios de la lidia serían vencidos en un debate serio y formal, y al insistir en defenderla tienen que sofocar los latidos de la conciencia.

Balmes sostiene que el principio sensitivo de los animales no es materia, porque la materia es incapaz de sentir, y que tampoco es espiritual porque el espíritu es una substancia simple, inteligente y libre, y por consiguiente el alma de los brutos es inmaterial, un medio entre materia y espíritu.

Otros filósofos dicen que los animales son la escuela preparatoria del alma racional del hombre, el cual consta de cuerpo, fluido etéreo ó periespiritual, espíritu y alma. El instinto de los animales no es el mecanismo como el de un reloj, es una inteligencia más ó menos rudimentaria, y á veces admirable por su previsión y astucia.

Se ha visto á una tierna niña dominar en la jaula á tigres y panteras y léase la historia del perro, y lo que refiere Flammarión en sus «Contemplaciones científicas» Resulta que los estudios científicos sino tan bellos, son más útiles que los literarios.

Londe en su Tratado de Higiene dice que: Esa arena ensangrentada donde al abrigo de todo riesgo saborea el pueblo las últimas convulsiones de un animal en el momento de espirar, es la escuela prác-

tica de la más cobarde ferocidad. En ella comienza la educación del asesino, porque el hombre que experimenta placer al ver correr la sangre, siente bien pronto el deseo de derramarla.

La benevolencia es el cimiento de toda sociabilidad. No es exacto atribuir la bondad á la falta de valor, pues todos los días se están viendo hombres muy valientes y aun pendencieros que son al mismo tiempo muy bondadosos, siendo semejantes personas de quienes suele generalmente decirse que tienen mala cabeza, pero buen corazón. También se ven á cada paso otros hombres que carecen á la vez de valor y de bondad.

La falta de benevolencia no engendra la crueldad, pero permite que este último sentimiento se manifieste sin contrapeso. La benevolencia existe en los animales como en el hombre. En ellos tiene la misma energía el mismo objeto y presenta los mismos grados de desarrollo é iguales diferencias cuando se le examina en los diversos individuos.

Los perros, los monos, muchas especies de aves que habitan en las orillas del mar, y á no dudar, otras especies, se socorren mutuamente y se avisan de los peligros dando gritos de alarma. El perro no sólo expresa con sus lastimeros ladridos lo que padece cuando se maltrata á su semejante, sino que también manifiesta su benevolencia hacia el hombre, arrostrando los peligros para salvar á su amo.

Ginés de Hita en la historia de los Zegrís y Abencerrajes, haciendo la descripción de una antigua corrida de toros, refiere que: «serían ya las dos de la tarde cuando soltaron un toro negro, bravo en demasía, que no arremetía tras hombre que no le alcanzase, tanta era su ligereza; y no había caballo que por uña se le fuese. A este toro, dijo el rey, fuera

bueno alancear, por ser muy bueno. El malique Alabez se levantó y le suplicó que le diese licencia para irse á ver con aquel bravo toro. El rey se la dió, aunque bien quisiera Muza salir á él y alancearlo; mas visto que Alabez gustaba de salir, sufrióse. Alabez haciendo reverencia al rey, y á los demás caballeros cortesía, se salió de los miradores y se fué á la plaza, donde sus criados le tenían un muy hermoso caballo rucio rodado, de muy grande bondad, sobre el cual subió Alabez y dió una vuelta á la plaza mirando todos los balcones á donde estaban las damas por ver á su señora Cohaida.

Y pasando por junto del balcón hizo que el caballo pusiese las rodillas en el suelo, y el valeroso Alabez puso la cabeza entre los arzones haciendo grande acatamiento á su señora y á las otras damas que con ella estaban. Y hecho esto, puso las espuelas al caballo el cual arrancó con tanta furia y presteza que parecía un rayo. En esto se dió en la plaza una grande gritería, y era la causa que el toro había dado la vuelta por toda la plaza, habiendo derribado más de cien hombres, y muerto más de seis de ellos, y venía como un águila á donde estaba Alabez con su caballo. El cual como le vió venir quiso hacer una grande gentileza aquel día, y fué que saltando del caballo con gran ligereza antes que el toro llegase, le salió al encuentro con el albornor en la mano izquierda. El toro que le vió tan cerca se vino á él por le coger; mas el buen malique Alabez acompañado de su bravo corazón le aguardó, y al tiempo que el toro baja la frente para ejecutar el bravo golpe, Alabez le echó el albornoz con la mano izquierda en los ojos, y apartándose un poco á un lado, con la mano derecha le asió del cuerno derecho tan recio que le hizo tener, y con grande presteza le

echó mano del otro cuerno y le tuvo tan firmemente que el toro no pudo hacer golpe ninguno. El toro viéndose asido procuraba desasirse dando grandes saltos, levantando cada vez al buen Alabez del suelo.

Alabez pareciéndole vergüenza andar de aquella manera con tal bestia, se arrimó al lado izquierdo del toro y usando de fortaleza y maña torció de los cuernos al toro de tal manera, que dió con él en el suelo, haciéndole hincar los cuernos en tierra.

El golpe fué tan grande que pareció que había caído un monte y el toro quedó quebrantado que no se pudo mover de aquel rato.

El buen malique Alabez como así lo vió, lo dejó y tomando su albornoz que de fina seda era, se fué á su caballo, que sus criados lo guardaban y subió en él con gran ligereza sin poner pie en el estribo, dejando á todos los circunstantes embelesados de su bravo acaecimiento y valor.

A cabo de rato, el toro se levantó, aunque no con la ligereza que solía.

El rey envió á llamar á Alabez, el cual fué á su mandado con gentil continente, como si tal no hubiera hecho; y llegado al rey le dijo: por cierto, Alabez, vos lo habeis hecho como valiente y esforzado caballero, y de hoy más quiero que seais capitán de cien caballos y teneos por alcaide de la fortaleza de Cantoria, que es muy buena alcaldía y de buena renta.

Alabez le besó las manos por la merced que le hacía.»

¡Véase qué motivo tan justo y legal para ser capitán y alcaide; un rasgo de salvajismo y ferocidad premiado por un rey!

Si tan bruto caballero tenía más fuerza que el

toro, prueba que le superaba en lo animal, y tal caballero era bueno para tirar de una carreta.

A caballeros como ese dedican su entusiasmo los romances históricos.

D. Nicolás F. de Moratín, describe con especial gracejo una antigua fiesta de toros, celebrada en Madrid, y la zambra y algazara de tal espectáculo, manicomio de gente feroz.

«Mas ay! que le embiste horrendo
El animal espantoso!

Jamás peñasco tremendo
Del Cáucaso cavernoso
Se desgaja extrago haciendo.

Ni llama así fulminante
Cruza en negra obscuridad
Con relámpagos delante
Al estrépito tronante
De sonora tempestad.

Como el bruto se abalanza
En terrible ligereza;
Mas rota con gran pujanza
La alta nuca, la fiereza
Y el último aliento lanza.

La confusa vocería
Que en tal instante se oyó
Fué tanta que parecía
Que honda mina reventó
O el monte y valle se hundía.»

El escritor francés Pau! Adam, describe con estilo poético la triste realidad de la horrible muerte del toro. «Cuando suena, dice, el fúnebre toque, el toro está ya fatigado. Ya no puede más. Bañado en sangre, con las astas rojas de haber reventado á los

caballos, permanece acorralado en un extremo de la plaza. La lengua cuelga fuera del hocico; del morrillo por ocho ó diez agujeros destila el rojo líquido. Aquí y allá el puntillero acaba con los caballos moribundos, hundiendo dos ó tres veces la puntilla en la nuca del pobre animal indefenso. Mientras dura esta matanza la multitud grita, gesticula Pero el drama del circo se reanuda. El toro ha vuelto al centro de la plaza..... El público pide la muerte..... El toro embiste y gira en redondo, siguiendo el rumbo que le indica el hombre..... Inclina cansado la soberbia frente, jadean sus costados teñidos de sangre, los ojos embrutecidos se extinguen, la resignación concluye con esta bestia que es toda fuego..... Suena otra vez la música, la víctima ha caído doblando las rodillas.

Estalla una aclamación, los sombreros, las chaquetas, los cigarros vuelan á la arena. El puntillero ha clavado su puñal entre las vértebras cervicales, suscitando el último espasmo.

En seguida aparecen las mulillas con sus collares de cascabeles; se las enganchan los caballos destripados, y el toro asesinado, y allá salen disparadas dejando la plaza limpia de obstáculos para otro toro.

Desgraciadamente el contorno trazado por Paul Adam, es muy cierto es la misma evidencia. Cuando llega al colmo la brutalidad de la lidia, es cuando martirizan al toro con banderillas de fuego, ó le atolondran con perros de presa.

Las corridas de toros en favor de los establecimientos de beneficencia, perjudican á la moral, porque para ejercer la caridad fomentan el vicio, aprobando la falacia de que el fin justifica los medios.

Además la lidia es un gasto improductivo porque el pueblo gasta su dinero para embrutecerse.

Dice Say en su Tratado de Economía política, «que hay pueblos que carecen de agua y en solo un día de fiesta gastan lo que bastaría para traer agua al pueblo y construir una fuente en la plaza pública.

Sus habitantes prefieren embriagarse en honor del patrón del pueblo, aunque tengan que ir con mil trabajos diariamente á buscar agua cenagosa á la cima de un cerro de los alrededores, y que el país donde se gastase, en ciudades ó lugares, en casas bonitas, en vestidos aseados, en muebles bien hechos y en instrucción parte de lo que se gasta en goces frívolos y peligrosos ese país cambiaría totalmente de aspecto y tomaría el aire de comodidad, y parecería más civilizado y tendría más atractivo para sus propios habitantes y para los extranjeros.»

Efectivamente, hay familias que por ir á los toros empeñan todo su ajuar y después vienen las deudas, el hambre, las reyertas y tal vez el robo, de manera que, la alegría que comenzó en una plaza concluye con llanto en un presidio.

Se dirá que acude más gente á una feria cuando hay corridas de toros; ello será útil á los explotadores, pero éstos no educan ni civilizan á los explotados. También acude la muchedumbre á ver cómo dan garrote á un reo, resultando que para reunir gran concurrencia hay dos alicientes: El circo tau-rino y el patíbulo.

También lucen su garbo y temeridad las señoritas toreras para demostrar la ternura y delicadeza del bello sexo y para enaltecer la memoria de Safo, Corina y Santa Teresa de Jesús.

Cuando las costumbres y la ley toleran los abusos, no hay lógica posible.

Encierran en un convento á una joven inexperta como lo era mi hermana, y la ley calla; quiere aque-

lla recobrar su libertad y la ley se estrella contra los muros de la clausura. Lo mismo sucede con la impunidad en el desafío y duelo de los señores y próceres y con la aplicación de la pena á los efectuados por gente plebeya.

Se suprimen los derechos individuales y el pueblo calla.

Si las corridas de toros fuesen prohibidas habría un motín en cada villorrio.

El toreo es una imprudencia temeraria que la ley debiera evitar. Allí donde puede haber un peligro la ley lo prevee, por cuya razón denuncia un edificio ruinoso.

Dirán que los marinos y el albañil exponen diariamente su vida, pero esa vida está dedicada á un trabajo útil á las necesidades sociales, pero el trastear un toro ¿qué utilidad moral reporta? ¿qué necesidad social satisface? ¿qué intereses públicos desarrolla?

Únicamente consigue excitar emociones terribles como las siente el que se embriaga con alcohol, ó se recrea viendo una matanza, un naufragio, un incendio ó las hogueras del Santo Oficio.

El poeta Heredia exclamaba:

«¿Al toro no mirais? El suelo escarban
De insoportable ardor sus piés heridos,
La frente poderosa levantando,
Y en la hinchada nariz fuego aspirando,
Llama la tempestad con sus bramidos.»

Cuando el público escucha á un becerril orador acigarrado y aguardentoso que rebuzna y acciona en el tendido como si fuese energúmeno, parece que

éste recita al injuriado y magullado picador los versos de Fray Diego González:

«Te puncen y te sajen
Te tundan, te golpeen, te martillen,
Te piquen, te acribillen,
Te dividan, te corten y te rajen,
Te desmiembren, te desuellen,
Te estrujen, te aporreen, te magullen,
Te deshagan, confundan y aturrullen.»

El novillero puede imitar las poesías de Lope de Vega, y decir á la posteridad:

«Rendí, rompí, derribé,
Bajé, deshice, prendí,
Desafié, desmentí,
Vencí, acuchillé, maté.
Fuí tan bravo que me alabo
En la misma sepultura,
Matóme un toro de Miura,
¿Cuál de los dos es más bravo?»

Laudables son las máximas de Fray Diego de Estella: «El que esfuerza al flaco con palabras santas da pan del cielo al enfermo; el que consuela al triste, dá de beber al sediento; el que mitiga al airado con blandas palabras, viste al desnudo con paciencia; el que á los otros se prefiere muéstrase loco y digno de compasión; el que se humilla en todos los casos, merece mayor gracia y gloria y por vía de glosa, el que aplaude un degüello en el redondel es cual verdugo en la historia, pues blasona de ser cruel.»

Si los frailes dicen algo de bueno, también lo copiamos.

El hombre imparcial es libre en la crítica litera-

ria y no puede negar, por ejemplo, el estro poético del clásico poeta Fray Luis de León.

Sepan los católicos que algunos Papas condenaron la lidia de toros, pero en esta clase de jaleos parece que no tienen mucha autoridad, cuando nadie les hizo caso, y la chula ó manola ó charra, no deja de asistir á plaza pitónica, y no cesa de reir, cantar y bailar, haciendo tremolar su mantón de Manila al lado de señores diputados y de señoras de alto cope ó de alto bordo, y allí se contonea cual nave en triunfo empavesada, y todo lo demás es nada.

Fuerza es confesar que los reformados é protestantes tienen más seriedad en sus diversiones, más ilustración, criterio y dignidad en sus costumbres y aspiraciones.

Blasco Ibañez, en su brillante artículo «El Ídolo», inserto en el periódico de Valencia titulado: *El Pueblo*, y refiriéndose á la lidia de toros, dice que: «España no es más que una inmensa plaza de toros con sus apasionados cambios de opinión, su vanidad de cerebro, su incultura de lenguaje y su brutalidad enervante... Ante espectáculo tan deplorable hay que pensar si en este país que por su situación geográfica es el puente entre Europa y Africa, el progreso, la democracia y la cultura son modas artificiales que hemos adoptado, pero que no entran en nosotros y están prendidas con alfileres; hay para sospechar si la constitución interna de este pueblo, si su verdadero carácter exige como situación histórica un eterno reinado de Fernando VII, un despotismo amenizado con chulerías y chistes de madero, en el cual el rosario por la madrugada, la corrida por la mañana y por la tarde y la procesión al anochecer sean todas las manifestaciones de una vida nacional tranquila y regocijada, con la tranqui-

lidad del que nada piensa y el regocijo del que ayuda á la digestión del cocido presenciando horrores.

Las plazas de toros siempre llenas y los teatros serios vacíos son un signo de espantosa decadencia que hace dudar del porvenir. Una nación de diez y ocho millones de habitantes, donde los toreros son millonarios antes de los treinta años, y apenas si se venden dos mil ejemplares de los autores más famosos, pues se lee poco y los más de los lectores leen de gorra, no puede tener buen fin. Todo el artículo indicado es de mano maestra, como dice muy bien el periódico El Motín.

Si me preguntan cómo quiero organizar la sociedad desterrando los abusos de la fuerza bruta, respondo con Triberghién, el cual dice lo siguiente:

«No es en verdad difícil formar el balance del mundo moral. Hé aquí lo que en primer lugar debe inscribirse en su haber.

Bajo el punto de vista intelectual la libertad de pensar ó la independenciam de la conciencia: el desarrollo del espíritu de observación con sus maravillosas consecuencias: la tolerancia para las opiniones extrañas, una noción más precisa de la dignidad del hombre como ser racional y un más exacto conocimiento de los derechos y deberes de los individuos y de los pueblos.

Bajo el punto de vista del sentimiento, tenerlo más profundo de la igualdad de todos los hombres, sin distinción de razas, cultos, ni nacionalidades; un aspecto menos ascético, más sonriente y verdadero y un gusto más delicado para todo lo que es bello en la naturaleza.

Bajo el punto de vista social, el mejoramiento de la familia, el desarrollo de la libertad individual de la asociación y del progreso en la industria, la vul-

garización de las artes, de las ciencias y de la industria

Es innegable que se ha progresado, pero aún no reina la razón en el mundo. Mientras que el hombre no sea lo que debe ser, todas las manifestaciones de la vida humana llevan grabado el sello de la incoherencia y de la contradicción.

Con la ciencia incompleta aparecen el exclusivismo y el excepticismo; con el sentimiento imperfecto y exagerado del valor individual el egoísmo y el antagonismo, con una falsa concepción de la libertad y de la igualdad en las relaciones sociales, el individualismo y la anarquía.

Anarquía en las teorías, anarquía en las creencias, anarquía en la sociedad, tal es en su deber el balance de nuestra época.» Yo creo que esa anarquía es un caos legal, no es el ideal del colectivismo ante la razón y el Derecho.

Luego resulta que las corridas de toros son la consecuencia de tales premisas, un síntoma de imperfección moral y social.

Pregunto con el poeta Melendez en su Elegía, «Las Miserias humanas»:

«¿Quién hace, quién de la virtud su empleo?
¿Quién busca osado la verdad divina,
Ó al aura del favor cierra el deseo?
Llorando, al suelo la inocencia inclina
Su lastimada faz, y tiembla y gime,
Y el vicio erguido por doquier camina

Busca pues, el sosiego dulce y caro
Como en la obscura noche del Ejeo
Busca el piloto el eminente faro:
Que si acortas y ciñes tu deseo

Dirás: lo que desprecio, he conseguido:
¡Que la opinión vulgar es devaneo,
Y la opinión vulgar es el toreo!»

Hay muchos modos de poner banderillas.

Se banderillea al maestro á quien no se le paga, se banderillea al catedrático jubilado que debiera ser repuesto en su cátedra cuando es apto para ilustrar á los alumnos, se banderillea al pobre jornalero que no encuentra protección ni trabajo, se banderillea al infeliz soldado que después de haber sido un héroe, tiene que pedir limosna enseñando un brazo dislocado, se banderillea al cándido litigante que se pierde en el laberinto de ritualidades, prórrogas, diligencias y notificaciones, se banderillea al librepensador que encuentra cerradas las puertas del aprecio social, se banderillea al modesto escritor que no obtiene una ligera consideración en la Redacción de periódicos titulados por ironía, defensores del pueblo, y se banderillea al verdadero sabio, al consecuente político que no adula á esos farsantes, que se finjen apóstoles de la noble idea, y que son en realidad parásitos de la opulencia y policía secreta de panarras y malandrines; de manera que aún estamos en el período histórico de muletas y puntilleros.

Alguna vez, señoras opulentas y marquesas y duquesas, después de rezar en el templo y entre nubes de incienso, se ocupan en bordar capas de toreros, mantos para la virgen, casullas para el obispo, y cintas preciosas para adornar al toro que ha de ser lidiado, y esa aristocracia del placer regala anillos de diamante al mejor torero, y mientras tanto el mísero obrero empeña catre y colchones para dar de comer á sus hijos.

A la joven plebeya se la viste de chula, se la

conduce al circo taurino y al café cantante, se la desmoraliza y muere en la ignominia.

¡Qué civilización! Yo creo que existe el mineral hombre y la mujer berroqueña. Los incautos, los ilusos de algunas aldeas, son más felices, porque tienen por oráculo al sacristan, y en cambio Madrid es una infecta laguna llena de calamares, pulpos y tiburones que cual negras nubes obscurecen todo lo que allí hay de ilustración, dignidad y elevación.

Existen personas que no se convencen sino cuando son cadáveres y reposan con todo su lujo en la hedionda fosa de un cementerio.

Tanta degradación es causa del desdén con que nos miran otras naciones, libres en la idea, y fuertes en la industria.

La lidia de toros aniquila el sentimiento artístico de un pueblo, el cual una vez anémico y degradado, se aletarga en su propia ignorancia y es indiferente á toda amistad, á toda justicia, á toda belleza, á toda sublimidad, y esta decadencia se refleja en todos los órdenes de la vida social. ¡Así mueren las naciones que se divierten adocenándose y faltando á las leyes de la recta razón! Las corridas de toros en Francia tal vez sean un conato indirecto de los reaccionarios para matar la república, porque los pueblos cuando se embrutece caen bajo el cetro de las monarquías absolutas.

A un torero muerto en el redondel le tributan suntuosos funerales, y un filósofo muere en el hospital al lado del pobre menestral que cayó herido bajo las ruinas de un edificio ¡el mártir de la idea, y el mártir del trabajo!

Si algún día una república no se atreve á disipar nubarrones de tanta indignidad, entonces no sería república, sería una oligarquía de majaderos.

Nótese que los periódicos clericales son los más entusiastas por la tauromaquia y por las píldoras de opio, para que el pueblo se duerma en el lodazal de la esclavitud.

Quisiera saber qué progresos hace la bella literatura con la jerga de esos revisteros chungueros, inspirados vates de la taurina zambra y muy avisados para extraer el jarabe de cuernos cuando las sandeces están bien retribuidas.

En España sobra la imaginación y falta el criterio: el pensar es martirio, la imparcialidad un peligro, la probidad extravagancia, la idea libre impiedad, la dignidad personal rebeldía, la verdad una demencia, y la modestia nulidad. Mientras esta nación no tenga más consejeros que la última impresión de los sentidos, andará oscilando entre la libertad y la barbarie, y la gloria que conquista con su valor y heroísmo en la guerra la pierde por su desvío de toda ilustración y por su jolgorio en sangrientos espectáculos.

Quiero una España grande en la ciencia, en el arte, en sentimientos nobles y elevados, grande en la libertad y en las luchas de la inteligencia, grande cuando admira el númen de Homero y Cervantes ó el genio de Colón y no se cuida de contemplar la corpulencia de un toro banderilleado ni la majestad de los cabestros.

Es preciso establecer una asociación de españoles de buenos sentimientos que protesten enérgicamente contra la frenética manía taurina, la cual es hoy la inquisición aplicada á los animales.

El valor, la bizarría, la intrepidez requieren un fin moral, puesto que fuera de las condiciones del Derecho son una temeridad inútil, un suicidio aplaudido.

Cuando la posteridad lea lo que es una lidia de

toros verá en nuestros adelantos un árbol gigantesco, pero de raíces podridas ó una estatua de oro con pies de barro.

En la Zoética ó Tratado de las costumbres de los animales, vemos que estos son más nobles y agradecidos que el hombre desvariado, el cual ha borrado el plano del Supremo Arquitecto del Universo, y ahora tiene que buscar lo ideal entre los escombros de la decadencia.

Con este folleto sucederá lo que acontece con los preceptos de la higiene, que éstos son despreciados cuando el vicio llama á la puerta de las costumbres.

El clamor ¡A los toros! ¡A los toros! sofocará el remordimiento de la conciencia.

El mejor propagandista es el tiempo que socava las rocas, destruye instituciones que se creían invulnerables y cambia el carácter de los siglos.

En Suiza las Sociedades Zoófilas tienen leyes especiales para prohibir ó reprimir la crueldad contra los animales; y en el Tessino, la Sociedad de Amigos de la Educación Popular solicitó del Gran Consejo una ley sobre dicho asunto, y si en España existen Sociedades análogas callan ante la puerta del redondel; de manera que la protesta ha de salir de la pluma de un escritor aislado y bajo su propia responsabilidad.

El sabio Michelet decía: «El animal tiene también su derecho ante Dios. ¡El animal! ¡Sombrío misterio! ¡Mundo inmenso de sueños y de muchos dolores...! Toda la naturaleza protesta contra la barbarie del hombre que desconoce, envilece y tortura á su hermano menor.

La vida, la muerte, la matanza cotidiana que implica la alimentación animal, problemas tan duros y amargos, proponíanse á mis ojos y se desarrollaban

ante mi entendimiento. No puede evitarse uno la muerte ni evitarla á los demás, pero en cambio, la piedad consigue que ya que las criaturas casi semejantes al hombre, ven abreviada su vida, ninguna muera sin haber vivido, sin haber amado, transmitido su alma por medio del amor y cumplido el dulce deber que impone la ternura de Dios, haber tenido el momento divino».

De aquí procede el encantador comienzo, verdaderamente piadoso del Ramayana con este bellissimo rasgo de Valmiki por la muerte de la pobre garza. «¡Oh cazador! deseo que tu alma no sea glorificada nunca en todas las vidas del porvenir, ya que has herido á este pájaro en el momento sagrado del amor!» Y después de esta exclamación, llora. Sus gemidos al sístole y diástoles, al flujo y reflujo de su corazón, llegan á ser rítmicos y surge la poesía y el maravilloso poema empieza y el raudal tan inmenso de armonía, de luz y de alegría divina, el más grande que nunca ha corrido, derivase de pequeño manantial, de un suspiro y de una lágrima. ¡Vayan ustedes con el poema indiano á esos zopencos y zascandiles que lloran en viernes santo, blasfeman en pascua, alborotan en el circo taurino y viven como lagartos! ¡Vayan ustedes con el poema indiano á esos artistas que diseñan la graciosa actitud de un torero al ponerse la chaquetilla y la faja para salir á la plaza, como si el vestirse fuese un prodigio, y no comprenden que tales detalles son la propaganda de la necedad! Ahora los estúpidos llamarán loco á Michelet porque fué compasivo con los animales.

La Reina Isabel la Católica decía: «Nunca he de ver las corridas de toros; ni he de ser en que se corran». ¡Es deplorable que el fanatismo religioso la

obligase á tolerar la inquisición, oscureciendo así el brillo y fama de sus nobles sentimientos!

Victor Hugo increpando á los clericales decía: «La España magníficamente dotada, que había recibido de los romanos su civilización primera, de los árabes su segunda civilización y de la Providencia, y á pesar vuestro, un mundo, la América, la España ha perdido gracias á vosotros, gracias al yugo de embrutecimiento... la España ha perdido el secreto del poder que había recibido de los romanos, el genio de las artes que había recibido de los árabes, el mundo que había recibido de Dios, y en cambio de todo esto que le habeis hecho perder, le habeis dado la inquisición».

Me atrevo á comentar este aserto diciendo que la inquisición actual es el desdén, el desprecio y el olvido para humillar al hombre que vale, á la par que políticos falsificados, vespertinos y de todos matices han formado la aristocracia de la garganta, la oratoria gutural porque gritan, gesticulan, vociferan y trepan por la escala de comités y delegaciones, y el honrado y modesto ciudadano más decidido, más valiente y más erudito y reflexivo que todos ellos permanece ignorado y obscurecido en el rincón de una aldea para honra y gloria de la nación española.

Yo quiero al pueblo que dice la verdad sin temer á la muerte. Gran parte del público es indiferente á lo bueno y á lo malo y no se ocupa más que de jugar al dominó, al tresillo y al billar, y la nación que se hunda, y lo principal es tener un duro para gastarlo en bailoteos y francachelas.

Algunos ambiciosos que moralizan desde el campanario de una tribuna van á la plaza de toros y después en el casino se titulan socialistas amantes de la perfección de la humanidad y no se atreven á

impugnar tan horrenda lidia ni los abusos de la curia eclesiástica. El orador más valiente es el que perora entre el silbido de las balas, y el escritor más intrépido el que rasga el disfraz y arranca la careta á la sociedad y dice verdades útiles aunque amargas, á tiranos, caciques y jesuitas.

No obstante lo dicho, vereis á las masas populares agruparse para entrar en el circo taurino, y si han leído algo en contra, no lo entienden, si lo entienden no lo recuerdan, y si lo recuerdan lo desprecian y adelante con los faroles, siga la procesión y predicar en desierto sermón perdido.

Aunque vivo postergado como un ilota, poseo el valor de mis arraigadas convicciones y no tengo miedo ni á censuras, ni á sátiras ni á caracteres irracionales, altaneros y sediciosos. Donde fueres haz como vieres, y quien se mete á redentor sale crucificado, son refranes apropiados á un egoísmo estúpido pero que desconocen la nobleza del alma: con tales aforismos no hubieran existido los reformadores de la humanidad. Todo innovador se atrae el odio y persecución de sus contemporáneos y el aplauso de la posteridad, por cuya razón el instinto popular al día de la muerte, le llama el día de las alabanzas. Digo la verdad y es lo suficiente. Ahora, que griten la ignorancia y la codicia; mas la recta, la imparcial razón dictará la sentencia.

Los lectores habrán observado que no soy el único que habla contra la lidia, si que también la refutan y condenan escritores notables que ejercen autoridad en el mundo científico; y aun prescindiendo de todo ello, basta el sentido común para quedar convencidos de lo mismo.

Autores citados: Cormenin, Concepción Arenal, El Crisol, Timon, Saavedra Fajardo, Toussenel,

Balmés, Londe, Ginés de Hita, Nicolás F. Moratín, Paul Adam, Say, Heredia, Fray Diego González, Lope de Vega, Fray Diego de Estella, Blanco Ibañez, Tiberghien, Melendez, Michelet y Victor Hugo. Con la mayoría de dichos autores, tenemos ya una escolta para defender la trinchera de la razón humana.

En el circo taurino los más bromistas y bullangueros silban á los toreros, y fuera del circo silban ó saludan de lejos y gritando en tono de burla al filósofo, al verdadero político, al librepensador que tiene más méritos que todos los farsantes que dominan al imbécil público de una villa ó ciudad clerical, los cuales no toleran á forasteros que valen más que ellos y que tienen más valor, carácter y talento.

Para poner en ridículo al hombre que les estorba, los autócratas y sátrapas se valen de chiquillos, beatas, marcolfas y mentecatos, para que formen el coro de la rechifla y calumnia, y no siempre hay policía á la vista para evitar tanta grosería y sarcasmo. Esa cualquiera aldea, villa ó ciudad puede tener colegio de segunda enseñanza dirigido por muchos catedráticos, recomendados sin prueba legal, ó neocatólicos que enseñan á responder programas, pero no á pensar. Su mayor gloria es cuando una magestuosa y venerable comisión de exámenes les dedica, en la lucha por la existencia, un arco de triunfo y el sacro lauro del divino Apolo.

El pueblo siempre sabe algo, pues cuando rezan la letanía, sabe responder, Ora pro nobis; resultando que la ignorancia y las corridas de toros mantienen toda clase de quimeras, abusos y aberraciones.

Los picadores que dan más fuertes rejonazos son los hipócritas, intrigantes y leguleyos sofisticos, y el manteado pueblo sufre tumbos y chichones

mientras que se marea dando vueltas en torno de los inveterados y enormes errores que aprendió en su accidentada y deschidada infancia. La culpa no es suya, sino de los lazarillos que le guían.

Añadamos á esto la falta de un buen sistema penitenciario y las enfermedades del cuerpo social, y nos convenceremos de que solamente un acreditado régimen republicano las cura más radicalmente: ejemplos, Suiza y Francia en Europa.

Algunos creen que los dolores de cabeza se curan á martillazos como el que dió Vulcano á Júpiter, de cuyo golpe supremo nació Minerva, la cual anda muy decaída porque no la protege su familia. Recuérdese que D Quijote acometió á los encamisados y que entre yangüeses, galeotes y molinos de viento sufrió muchos revolcones por defender á la Dulcinea de la democracia.

Yo quiero una república sin corridas de toros, sin jesuitas, sin la intrusión de la Iglesia en el Estado, sin zancadillas administrativas y sin baturrillo ni zarandajas. Los buenos sentimientos son los fulgores de un alma noble, pero en una sociedad socarrona y metalizada el hombre honrado y modesto parece un tonto, y al que tiene valor para predicar la verdad le llaman chiflado, y de este modo se eternizan la ceguera de la inteligencia, la impostura y la frivolidad de gente incauta que no tiene sentido común, y que se traga ruedas de molino cuando opulentos magnates así lo decretan. Tal es la triste realidad; y lo digo sin dorar la pildora en el taller del estilo, lenguaje y bellezas retóricas.

Mas allá del escritor discreto está el escritor canta claro, y en estos tiempos toda claridad es poca para ver el fondo del abismo, y por ello aplaudo en la esfera literaria la claridad del notable crítico

Clarín, y en la filosófica la luz que proyectan *La Antorcha Valentina*, *La Conciencia libre*, *Germinal* y *Las Dominicales de el Libre Pensamiento*.

El toro es defensor de la choza del pastor.

Dime, hombre feroz, ¿por qué al toro sin astucia que corre tras de una capa le conviertes en un tigre? Si tu tienes más inteligencia, obras con alevosía y sobre seguro. El toro en prados y dehesas no atiende más que á la yerba y no acomete sino le hostigan.

Encerrado el toro en el redondel, ve la traición que le han hecho los pastores á quienes tenía por protectores, y se enfurece como toda persona inocente que sorprendida por una emboscada de bandidos fuese encerrada en un calabozo. Luego no es cierto que el toro es una fiera. Más depravado es el instinto de la hiena, el lobo, el gato y el perro de presa. Más depravado era en Francia el instinto de los católicos que asesinaron á los hugonotes el día de San Bartolomé; más depravado era el instinto de Felipe II, que presenciaba los Autos de fe; más depravado era Fernando VII y etc., y más depravados eran los que gritando Dios Patria y Rey entonaban la Salve robando, asesinando y pégando fuego á todo lo existente

Ya veis cómo el toro al lado de esa ilustre prosapia es un manso cordero. Los republicanos debemos ser tan intrépidos, como Giordano Bruno, Lutero y el humorístico P. Feijoó, quien se atrevió á combatir frente á frente las supersticiones de su época, y como Garrido, Chies Nakens, y otros esforzados adalides de la redención social.

A los delicados y compasivos espectadores que se divierten con la matanza de toros y caballos y

con la muerte de toreros, les regalo la siguiente lección poética de un célebre fabulista:

Una coz un macho dió
Al buen arriero Juan Lanás
Diciendo: A macho me ganas
Mas lo que es á bruto, no.
Hombres hay ¡qué miseria!
Que podrían pasar por otra cosa
Si á vender los llevasen á la feria!

Y aunque parezca broma,
Conviniéronse un hombre y un borrico
En enseñarse el respectivo idioma.
Y el burro ¡suerte impía!
No aprendió ni un vocablo solamente
En dos años de estudio y de porfía,
Entretanto que el hombre en sólo un día
Aprendió á rebuznar perfectamente.
¡No trates con el bruto ni un minuto
Pues no conseguirás la alta corona
De hacerle tú persona,
Y puede suceder que él te haga bruto!

Y yo quiero en conclusión
Lo que nos dice el poeta
Don Antonio Luis Carrión:

Hoy que la esperanza muere
Quiero que de aquí se aparte
La discordia que nos hiere,
Y que el comercio prospere
Y que se agigante el arte.

En mi entusiasmo yo quiero
Que se abra en ancho venero
La agricultura perdida,
Que haya calor, que haya vida
En el taller del obrero.

Quiero que el error concluya
Quiero que radiante vibre
La luz y la sombra huya,
Quiero que el hombre se instruya
Para que sepa ser libre.

En España se lee poco, se piensa menos, se intriga mucho y se juega más; y á la par son muy frecuentes las zambras y bureos entre indómitos zanguangos, zambombos y mamelucos. Todo va muy bien. Con protección clerical un borrico es concejal, y hasta el hombre depravado puede salir diputado.

En España entre santos y santas, vírgenes y mártires, la mitad del año es fiesta, y aquí reinan la dulce vagancia, la inercia del alma, la eterna indolencia, el panteísmo de la pereza, y el Nirvana de la antigua filosofía indiana. Calderón de la Barca en el Auto de la Cena de Baltasar al personificar el pensamiento, éste dice:

«Yo de solos atributos
Que mi ser inmortal pide
Soy una luz que divide
A los hombres de los brutos.
Y en fin inquieto y violento
Por donde quiera que voy
Soy todo y nada, pues soy
El humano pensamiento.

Mirad si bien me describe
Variedad tan singular
Pues quien vive sin pensar
No puede decir que vive.
¡No debe ya meditar
Quien buena renta percibel!

—
Tiene razón y le sobra
Calderón, quien nos enseña
Que el hombre que vive sueña,
Menos el vago que cobra.

¡Tal es el epifonema que añade la gente de rumbo para verse libre de la fatal manía de pensar! He residido catorce años en Madrid y he observado que el día de la hecatombe en el circo taurino, la calle de Alcalá es el valle de Josafat durante el Juicio final. La inmensa y estrujada muchedumbre corre jadeante á la plaza, y coches, carros y tranvías llenos de seres humanos ó que lo parecen, vuelan con eléctrica rapidez para que el público no pierda ni un detalle en el marcial concurso de cuernos, intestinos y moribundos.

Si cruza un séquito fúnebre es un estorbo, porque el hombre divertido que va á los toros ¿qué necesidad tiene de acordarse del otro ó de los otros mundos? Cuando esté en la agonía ya llamará al cura para que le lleve al cielo, pero mientras tanto y habiendo copas y salud, ese recuerdo es la manía de los espiritistas, ascéticos y platónicos. El prestamista goza con tanta batahola, pues dice para su capote: Todo ese jolgorio llamará á mi bolsillo pidiendo auxilio y dinero in artículo mortis, y despide con irónica sonrisa á las inquietas masas de bañistas que se agrupan en los trenes para las playas del Cantábrico. Muchos

van alegres á los toros y á Casinos con timba, y después tristes y á remolque á hospitales y juzgados.

Me preguntan ¿Y la guerra no es cruel? La guerra es el cáncer de las ambiciones políticas, suicidio de los pobres, y recurso mercantil de las clases privilegiadas, y el pueblo que es vencedor resulta siempre el vencido.

Siguiendo la reseña de la falta de criterio en las diversiones públicas, se ve también que las carreras de caballos cuando son de grandes obstáculos para que los caballos se conviertan en acróbatas, incurren en pecado venial como diría un teólogo, puesto que es muy fácil que caballo y jinete caigan descuartizados, aunque ese caballo gane más que los repartidores y carteros, los cuales no cesan de andar en todo el año. La carrera sin obstáculos si no es tan lucrativa en las apuestas, es más racional y más útil para el ejercicio de la equitación; no obstante que el romperse la cabeza ó quebrarse una pierna me parece un exceso en el arte ¡salva sea la opinión de los técnicos!

Es más que preciso, es urgente que esta nueva Iberia encienda la antorcha de su antigua gloria, y que el genio hispano fulgure con toda la grandeza de su alma noble, invencible y enérgica en el horizonte de la razón humana y que su bello ideal de libertad moral y política irradie por todas las esferas del pensamiento para iluminar los más oscuros antros de toda controversia. Con justicia exclama Espronceda en su Elegía á la Patria:

«¡Ay! de tus hijos, en la humilde frente
Está el rubor grabado:
A sus ojos caídos tristemente
El llanto está agolpado.

Un tiempo España fué; cien héroes fueron
En tiempos de ventura,
Y las naciones tímidas la vieron
Vistosa en hermosura.
Cual cedro que en el Líbano se ostenta
Su frente se elevaba,
Como el trueno á la virgen amedrenta
Su voz las aterraba.»

Una vez oí hablar de la manera de criar un toro para que vaya al bulto y no haga caso del trapo. Si esto es verdad, toda pena sería leve para castigar al depravado maestro de tal educación.

¡Tanto es lo que inventa el hombre para gozar en toda clase de calamidades, como añade perfecciones á fusiles y cañones para que disparando más balas en menos tiempo, destruyan con seguro éxito á toda la humanidad! Si la invención de nuevas armas fuese contra los verdaderos culpables no sería tan horrible, pero las armas no preguntan quién es el inocente.

La fuerza moral y jurídica está en la ciencia. Un violinista célebre y todas las bellas artes, desarrollan y educan el sentimiento estético, pero solamente el filósofo y el hombre de acción impulsan al pueblo para que ande sin fatiga por el escabroso camino del progreso.

Las bellas artes pueden hermanarse con el despotismo como en tiempo de León X, de Felipe II y de Luis XIV, la revolución destruye y edifica y las verdades de una imparcial filosofía aunque no pintan ni cantan, regeneran al pueblo y purifican su ciencia. Un violín ni quita ni pone rey, y el escritor, el orador y el poeta contribuyen con la influencia de su genio á la reforma de los códigos. Sin embargo, un

concierto instrumental es más digno del hombre que el desconcierto fenomenal y abrumador de una plaza de toros.

Quien puso el dedo en el timbre de la revolución francesa no fué Paganini sino Mirabeau; quien protestó contra el chulesco, cizañero y clerical absolutismo de Fernando VII, no fué Pepe-Hillo, si que lo fueron los valientes guerrilleros de la libertad: luego resulta que, en una sociedad en decadencia no brillan más que los alicientes que lisongean las pasiones, y en humilde tumba Sanz del Río, y el helenista Bardón, reposan casi olvidados por el divertido vulgo de su patria.

Napoleón I, decía: Los hombres son como los metales, cuanto más huecos más suenan.

Retratar el estado social de España es más bien atribución de los publicistas, y en este ligero boceto no van trazados más que los rasgos más generales; celebraré que escritores de más ciencia y más inspiración se dignen secundar con toda energía mi propósito.

Los siguientes versos, buenos ó malos, poéticos ó prosáicos, ponen en relieve lo esencial de todo lo expresado:

Según hicieran los moros
La Escuela de la moral
La instalan ¡y es lo normal!
En nuestra plaza de toros.

Sin sangre el trotón se agita,
Un diestro muere en la plaza,
Y el vulgo con gran cachaza
Insulta, se ríe, grita.

Allí las clases confunde
La lidia, vino, aguardiente,
Allí contra el presidente
Luego un motin se difunde.

Son del cristiano emociones
Y es el barullo un placer.
Siempre en España ha de haber
Contusos y revolcones.

Y borracheras, sermón,
Y barajas y algaradas,
Jolgorio de puñaladas
¡Y viva la Religión!

No sabe el pueblo sentir
De la tragedia la suerte,
Tiene un payaso, es la muerte,
Muerte que se hace aplaudir.

La prensa intenta ilustrar
En la reseña taurina
La más selecta doctrina
Para aprender á matar.

Si fuesen sólo animales
Las víctimas del toreo,
A ellos resulta, yo creo,
Que nos hacemos iguales.

—
Prefiero la libertad
Piadosa en el sentimiento.
¡Degrada á España el fomento
De tanta barbaridad!

Victor Ozcáriz.





OBRAS DEL MISMO AUTOR

El Universo.

El Panorama Literario.

Colección de folletos y artículos literarios, etc.

EN PRENSA

Análisis y comparación de los verbos latino y griego.

El Materialismo y el Espiritualismo.

Estudios de Derecho Penal.

La Biblia y sus traductores.

La Monja, la herencia, el jesuita y la catedral.

La Jubilación y las leyes; aria final de la víctima.

Se venden en la Imprenta Hermanos Román, Plaza 11, Medina del Campo; en la librería de Nuevo, calle de Orates, Valladolid, y en la de Fé, Carrera de San Jerónimo, Madrid, y en otras principales librerías de España.







MARQUES DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOTECA

Pesetas

Número 429

Precio de la obra.....

Estante . 6

Precio de adquisición.. ..

Tabla... 8

Valoración actual.....

Número de tomos.

A

